Lecturas de paisaje en las narrativas de exploración franciscana del siglo XVIII

José Refugio de la Torre Curiel
El Colegio de Jalisco
Universidad de Guadalajara

Hacia el segundo tercio del siglo XVIII, en el contexto de la agudización de los conflictos armados entre Inglaterra, Francia y España, la frontera norte novohispana parecía ser el siguiente escenario cuyo dominio entraría en disputa según los reajustes recientes de la geopolítica europea. El término de la Guerra de los Siete Años (1756-1763) y los acuerdos de paz firmados en París habían contribuido al fortalecimiento de la corona inglesa, especialmente debido a la cesión de los territorios canadienses por parte de Francia y la entrega de Florida por parte de España.[1] Algunos años más tarde, las noticias del avance ruso desde Alaska por la costa noroeste de la frontera novohispana acrecentaban los temores españoles acerca del interés que otras potencias pudieran tener en sus posesiones americanas.

En este contexto, la exploración de los territorios del septentrión novohispano se convirtió, entonces más que nunca, en una empresa de capital importancia para la monarquía española. Conocer y demarcar las zonas fronterizas del virreinato era un imperativo tanto para la defensa de las posesiones españolas como para la planeación de la reforma territorial y administrativa que se gestaba en el marco de la política de la Ilustración que buscaba asegurar un mejor control de los dominios de la corona.[2] La expedición a cargo de Gaspar de Portolá de la Baja a la Alta California (1769), así

1. John H. Elliot. *Empires of the Atlantic World. Britain and Spain in America, 1492-1830*. New Haven Londres: Yale University Press, 2006, pp. 292-324; Pedro Ruiz Torres. *Historia de España*. Vol. 5: Reformismo e Ilustración. Barcelona: Crítica–Marcial Pons, 2008, pp. 333-338.

2. Áurea Commons. "La organización territorial de España y sus posesiones en América durante el siglo de las luces". José Omar Moncada Maya (coord.). *La geografía de la Ilustración*. México: UNAM, Instituto de Geografía, 2003, pp. 41-81.

como la búsqueda del camino de Sonora a California encabezada por Juan Bautista de Anza (1774-1776), se inscriben precisamente en estos esfuerzos por asegurar la presencia española en dichas fronteras.[3]

La atención de este trabajo se centra en esta última empresa de exploración debido al papel que algunos misioneros franciscanos desempeñaron en distintas fases de las jornadas en busca de la ruta terrestre hacia California. Como veremos más adelante, la participación de estos religiosos, procedentes del Colegio de la Santa Cruz de Querétaro, aportaría a esta empresa no solamente su conocimiento sobre los terrenos ubicados al norte de Sonora, sino que pondría al servicio de la corona una larga tradición de conocimientos geográficos y a la vez daría la oportunidad a los misioneros para promover ante las autoridades virreinales un proyecto de demarcación territorial acorde con sus propios intereses evangélicos.

3. Mario Hernández Sánchez-Barba. *La última expansión española en América*. Madrid: Instituto de Estudios Políticos, 1957, pp. 266-274.

Franciscanos en Sonora hacia finales del siglo XVIII

Tras la expulsión de los jesuitas de la Nueva España en 1767, el trabajo misional en la frontera norte del virreinato quedó a cargo de las provincias de religiosos franciscanos y los Colegios de Propaganda Fide, con las excepciones de los dominicos en la Antigua California.[4] En el caso de Sonora, los elegidos para reemplazar a los jesuitas habían sido los franciscanos de la provincia de Santiago de Xalisco y del Colegio de la Santa Cruz de Querétaro. Los primeros recibirían la mayoría de las misiones asignadas en un distrito habitado principalmente por pimas bajos y ópatas, quienes para esas fechas ya mostraban un alto grado de integración al poblamiento civil que rodeaba a las misiones. Aunque también los religiosos de Querétaro habían sido enviados a algunas misiones en esta zona, la mayor parte de su trabajo se enfocaba en el distrito conocido como Pimería Alta, la zona más septentrional de la provincia de Sonora, después de la que se

4. José Refugio de la Torre Curiel. "La frontera misional novohispana a fines del siglo XVIII: un caso para reflexionar sobre el concepto de misión". Salvador Bernabéu Albert (coord.). *El gran norte mexicano. Indios, misioneros y pobladores entre el mito y la historia*. Sevilla: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2009, pp. 306-307.

5. José Refugio de la Torre Curiel. *Vicarios en entredicho. Crisis y desestructuración de la provincia franciscana de Santiago de Xalisco, 1749-1860*. Zamora: El Colegio de Michoacán, 2001, p. 46.

6. Ignacio Almada Bay, José Marcos Medina Bustos y María del Valle Borrero Silva. "Hacia una nueva interpretación del régimen colonial en Sonora. Descubriendo a los indios y redimensionando a los misioneros, 1681-1821". *Región y sociedad*. Sonora, El Colegio de Sonora, vol. xix, número especial, 2007, pp. 258-260; José Refugio de la Torre Curiel. "Decline and Renaissance amidst the Crisis: The Transformation of Sonora's Mission Structures in the Late Colonial Period". *Colonial Latin American Review*, vol. 18, núm. 1, abril de 2009, pp. 51-73; Saúl Jerónimo Romero. *De las misiones a los ranchos y las haciendas. La privatización de la tierra en Sonora, 1740-1860*. Hermosillo: Gobierno del Estado de Sonora, 1995.

7. De la Torre, "Decline and Renaissance…", pp. 51-73. También Lino Gómez Canedo. "Estudio introductorio". Francisco Antonio Barbastro. *Sonora hacia fines del siglo xviii. Un informe del misionero franciscano…* Guadalajara: Librería Font, 1971, p. 29; Fray Francisco Antonio Barbastro, Informe dirigido al virrey Revillagigedo, Aconchi, 1 de diciembre de 1793, *idem*.

8. Instrucciones para los misioneros del Colegio de Querétaro destinados a Sonora, Querétaro, 4 de agosto de 1767, Archivo Franciscano de la Provincia de Michoacán, Archivo de Querétaro, letra k, legajo 14, número 3.

extendían áridos parajes que colindaban hacia el norte con el río Gila. (véase mapa 1)[5]

El avance del poblamiento español por tierras de los pimas altos era todavía precario para esta época; las misiones locales funcionaban como congregaciones tanto de pimas altos como de pápagos, pero la permanencia de dichos indios era bastante incierta en estos pueblos. La escasa presencia española, así como la cercanía de indígenas no sometidos al dominio hispano y la amenaza constante de estos últimos grupos, si bien no impedían el progreso material de las misiones, en cambio hacían difícil que la densidad poblacional se incrementara de manera sostenida.[6]

Es probable que desde el momento de ser destinados a ocupar las antiguas misiones jesuitas en Sonora por José de Gálvez y el virrey de Croix, los franciscanos del Colegio de Querétaro ya estuvieran enterados de los retos que se ofrecían a la ocupación de la Pimería Alta; al menos esto es lo que reflejan las instrucciones que recibieron los primeros misioneros que dicho colegio despachó para Sonora, pues de manera especial se les encargaba que evaluaran la posibilidad de ampliar la frontera misional hacia los ríos Gila y Colorado,[7] reviviendo con ello un antiguo proyecto de expansión que los jesuitas habían delineado años atrás. Así, el Colegio de Querétaro urgía a sus misioneros para que una vez instalados en Sonora adquirieran

> un exacto conocimiento de las calidades y circunstancias de aquellos parajes no omitiendo las de los ríos, montes y planes que conduzcan al cabal conocimiento de sus situaciones y principalmente de las naciones que anduvieren dispersas y puedan agregarse a sus misiones.[8]

Fray Pedro de Font y las exploraciones del norte novohispano

Las esperanzas que los franciscanos alimentaban para que se les permitiera establecer un nuevo distrito misional en el área adyacente a la confluencia de los ríos

Gila y Colorado se reanimaron en la coyuntura de las expediciones de Juan Bautista de Anza a California, en las cuales por lo menos cuatro franciscanos del propio Colegio de Querétaro se desempeñarían al servicio de su instituto y de la corona: fray Juan Díaz, fray Francisco Garcés, fray Pedro de Font y fray Tomás Eixarch. Estos cuatro misioneros dejaron constancia de lo acaecido durante dichas expediciones en los diarios que cada uno redactó a propósito de los pasajes en que acompañaron al grupo de Anza, ya fuera durante el viaje a la misión de San Gabriel, California, en 1774, o en la expedición de 1775-1776 hacia la bahía de San Francisco.[9] Quisiera centrarme en particular en el diario del padre Font, pues es un texto que permite articular los dos puntos bajo discusión en este trabajo: el proyecto franciscano de expansión hacia los ríos Gila y Colorado, y el marco mental del conocimiento geográfico de los misioneros.

El catalán fray Pedro de Font[10] había sido destinado por el Colegio de Querétaro a Sonora en 1773 para hacerse cargo de la recién creada misión de San José de Pimas. Se encontraba en dicho sitio cuando recibió comisión del virrey Bucareli para acompañar a Juan Bautista de Anza, a la sazón comandante del presidio de Tubac, en su segunda expedición en busca del paso por tierra a California.[11] En este mismo viaje –que llevaría a los expedicionarios desde el presidio de San Miguel de Horcasitas a San Francisco, regresando nuevamente a Horcasitas, entre el 29 de septiembre de 1775 y el 2 de junio de 1776–, se sumaron, además de Font, los franciscanos Garcés y Eixarch en distintas etapas del trayecto. Font haría el recorrido desde Horcasitas, en tanto que Garcés y Eixarch se unirían a la expedición en Tubac, el 21 de octubre de 1775.[12]

Después de haber realizado el viaje al lado de Anza, el padre Font pasó una temporada en la misión de Ures, donde dio forma a sus anotaciones y redactó por lo menos tres versiones de su diario de campo.[13] A diferencia de las otras versiones de su manuscrito, el *Diario íntimo* –o largo– de Font es una narrativa hecha para el Colegio de Querétaro, firmada en la misión de

9. Respecto de Juan Bautista de Anza véase Herbert Eugene Bolton. *Anza's California Expeditions*. Nueva York: Russell and Russel, 1966, 5 vols.; Julio César Montané Martí. *Juan Bautista de Anza. Diario del Primer Viaje a la California*. Hermosillo: Sociedad Sonorense de Historia, 1989.

10. Gerona, *ca*. 1738. Julio César Montané Martí. *Fray Pedro Font. Diario Íntimo, y diario de fray Tomás Eixarch*. México: Universidad de Sonora–Plaza y Valdés, 2000, p. 23.

11. La primera expedición había seguido una ruta inconveniente, cruzando el desierto a partir de Caborca, hacia los ríos Gila y Colorado. Montané Martí, *Fray Pedro Font*…, pp. 32-33.

12. El diario de Díaz (1774) en Bolton, *op. cit*., vol. II, pp. 247-290, y 293-306; para Eyxarch y Font, véase Montané Martí, *Fray Pedro Font*… Las ediciones del texto de Garcés son numerosas, una versión accesible se encuentra en fray Francisco Garcés. John Galvin (ed.). *Diario de exploraciones en Arizona y California en los años de 1775 y 1776*. México: UNAM, 1968.

13. Además de lo que Bolton llamó "diario corto" y "diario largo" –o "íntimo" como propone Montané Martí–, hubo otra versión un poco más extensa aparentemente perdida.

Ures el 11 de mayo de 1777.[14] Se trata, como el propio autor lo anunciara al guardián del colegio,[15] de un proyecto personal que no le había sido solicitado de manera expresa por sus superiores, pero que nacía de su intención por sugerir la manera en que "se podrían aviar las nuevas misiones del Río Colorado, cuando se establezcan". En este punto, afirmaba Font, pensaba aprovechar sus observaciones al lado de Anza para beneficio de la obra del Colegio de Querétaro:

> Imaginándome que no venía tan de zoquete en la expedición para que no advirtiera o pasar en silencio un aviso que me pareció muy importante […], Confieso que […] tuve alguna vanidad en pensar que podría ser útil al establecimiento y seguridad de aquellas misiones lo que podía decir sobre el particular, como que lo había visto y platicado con sujetos de la tierra.[16]

Con este ánimo, el diario de Font ofrecía para el Colegio de Querétaro la definición de una unidad geográfica que podía ser claramente delimitada: la sucesión de sierras que corrían desde el pueblo de Dolores, en las márgenes del río San Miguel, pasando por Tucson y llegando hasta el río Gila marcaría la frontera con la Apachería, dejando la Papaguería al poniente de dicha zona en las inmediaciones de Tucson. Una zona, por cierto, que algunos mapas de la época ofrecían como espacios abiertos a la ocupación española (véase mapa 2).[17]

Esta zona entre la misión de San Xavier del Bac y el río Gila no era apta para nuevas fundaciones por ser "escasa de zacate" y "muy falta de agua" y árboles a excepción de algunos matorrales, además de carecer de "cosa digna de alabanza".[18] En cambio, al llegar al río Gila, límite septentrional de esta proyectada conquista, se podría trabajar entre los pimas gileños, "bastante prietos y de buen cuerpo, valientes y acérrimos enemigos de los apaches". Advirtiendo a sus compañeros del Colegio de Querétaro respecto de las adversidades del clima en esta zona, Font presentaba

14. Según Font, el mapa que acompaña al *Diario* habría sido terminado el 23 de junio de 1776.

15. Fray Pedro Font a fray Diego Ximénez, Ures, 18 de julio de 1776, en Montané Martí, *Fray Pedro Font…*, pp. 477-483.

16. *Idem*.

17. Fray Pedro Font, *Diario que formó el P. Pdor. Apco…, en el viaje que hizo a Monterey…*, *ibid*., p. 66.

18. *Ibid*., p. 67.

un paisaje "bastante frío en invierno y muy caliente en verano", pero señalaba la posibilidad de asentarse en los márgenes del río Gila para aprovechar el agua y la madera en la forma que lo hacían los indios para beneficiar sus cosechas y para fabricar habitaciones.[19] A partir de este punto, la sucesión de rancherías pimas que se encontraban en las márgenes del Gila ofrecían principios de organización laboral que podría aprovechar la empresa misional. Los indios tenían milpas "cercadas de palos, trabajadas en cuarteles", las cuales se beneficiaban del riego mediante canales (*acequias*) que prometían aumentar su capacidad con los intentos que ya realizaban los indios para construir pequeñas presas. Lo más alentador de este escenario, indicaba Font, era que los pimas gileños

> están en buena disposición para fundar misiones en ellos, no solo por ser mansos; sino también por vivir en pueblos formados, pues en el distrito de unas seis leguas hay cinco pueblos […] y porque ellos con sus siembras (*sementeras*) procuran mantenerse en su trabajo.[20]

Siguiendo el curso del río, los opas y los yumas se encontraban igualmente dispuestos a recibir a los misioneros, con la ventaja, señalaba Font, que aquí el río era más caudaloso por beneficiarse de las aguas del río de la Asunción, lo cual permitía mejores cosechas.[21]

La narrativa de Font trataba de ser un manual práctico para ser usado por aquellos misioneros que siguieran sus pasos pues, además de destacar la existencia de recursos naturales preciados para la subsistencia de gente y animales, indicaba cómo andar por una sucesión de paisajes que imponían retos distintos al viajero. Así, por ejemplo, al presentar el espacio existente entre Aritoac y Agua Caliente, advertía que el camino no era muy malo, pero que implicaba el paso por una pequeña sierra peñascosa que llevaba luego por tierra llana para desembocar en el río "que aquí ya viene con bastante agua" y que resultaba problemático cruzar en tiempo de lluvias.[22]

19. *Ibid*., p. 69.

20. *Ibid*., p. 81.

21. *Ibid*., pp. 82-83.

22. *Ibid*., p. 85.

Las fuentes del demarcador de paisajes

En sus aspectos formales, lo que había "visto y platicado" el padre Font tenía que ver con su comisión de demarcar el recorrido de la expedición y "tomar todas las alturas de los puntos más relevantes".[23] Auxiliado de un cuadrante astronómico enviado *ex professo* por el virrey, Font consignó en su diario la ubicación de distintos parajes basado en las tablas astronómicas de Jorge Juan y Santacilia, las cuales "por estar ajustadas al meridiano de Cádiz" necesitaban ser corregidas.[24] En este punto, Font revela una de las claves que le permitieron la elaboración tanto de su diario como del mapa que lo acompaña; apuntaba en el reporte de sus primeras jornadas que las observaciones astronómicas eran realizadas con apoyo en el trabajo de Jorge Juan, adquirido "casualmente" por el propio Font, quien había salido a su viaje sin "habérseme dado instrumento ni instrucción alguna para el cumplimiento de mi encargo".[25] Con esta frase alude al hecho de haber estado desprovisto tanto de equipamiento técnico –no contaba con brújula y el cuadrante enviado por el virrey, si bien disponible durante el viaje, estuvo en posesión de Anza la mayor parte del tiempo–, como de textos de referencia para registrar sus cálculos y anotaciones. Para subsanar esta carencia, Font indica que su propia iniciativa le consiguió el libro de Jorge Juan; al guardián del Colegio de Querétaro, fray Diego Ximénez, agradecía el envío del "librito de Florez", la *Clave geográfica* que sería de especial relevancia en la conformación de los referentes cartográficos de Font,[26] ya que le aportó los elementos técnicos para la preparación de su mapa además de una ruta crítica para leer los elementos geográficos que encontraba a su paso. Una tercera referencia, poco clara en cuanto al acceso que Font pudo haber tenido a su consulta, era el *Compendio mathemático* del padre Tosca, útil para el cálculo de las distancias y para adentrarse en el conocimiento de la astronomía.[27]

De las tres obras reconocibles en el diario de Font, es posible pensar que la lectura de mayor influencia en

23. *Ibid*., p. 24.

24. Jorge Juan y Santacilia. *Compendio de navegación para el uso de los cavalleros guardias-marinas*. Cádiz: En la Academia de los mismos Cavalleros, 1757, cit. por Montane Martí, *ibid*., p. 48.

25. *Ibid*., p. 48.

26. Fray Henrique Florez. *España Sagrada*. T. i. Madrid: Don Miguel Francisco Rodríguez, 1747.

27. Thomas Vicente Tosca. *Compendio mathemático, en que se contienen todas las materias más principales de las Ciencias que tratan de la Cantidad*. T. viii. 2ª impr. Madrid: Imprenta de Antonio Marín, 1727. El padre Tosca era un oratoriano de la congregación de San Felipe Neri de Valencia.

el franciscano fue la de Florez, dada la narrativa de su manuscrito y por ser el único texto que explícitamente declaró haber tenido a la mano durante su viaje. Las tablas astronómicas del *Compendio de navegación* constituían un referente técnico para establecer las lecturas del cuadrante, pero no eran del todo aplicables para las observaciones de Font, quien necesitaba corregirlas siguiendo, presumiblemente, el texto de Florez.[28] Por lo que respecta al libro de Tosca, Font cita el tratado XXIV –"De la geografía o descripción universal del globo terrestre"– de dicha obra únicamente para comentar las equivalencias que en leguas españolas tendrían las mediciones de distancias que realizó durante su viaje, las cuales quedaron expresadas en sus apuntes en leguas mexicanas, lo que haría suponer que esta lectura fue consultada tras participar en la expedición:

> […] en cuanto a las leguas que apunto las he calculado por una legua medida que anduve, según el paso de las marchas: y son leguas mexicanas de cinco mil varas o tres mil pasos geométricos […], de las cuales veinte y ocho componen un grado de latitud por tierra, y por el aire veinte y tres y un tercio, correspondientes a las diez y siete leguas y media españolas por el aire, y veinte y una por tierra, según el P. Tosca tom[o] 8. trat[ado] 24. lib[ro] 1. cap[ítulo] 4. prop[osición] 23.[29]

Es decir, que desde el inicio del viaje, Font decidió tener en cuenta el referente de 3 000 pasos geométricos que compondrían la "legua mexicana" y únicamente ofrece la referencia de Tosca como una clave de lectura en su manuscrito para estandarizar el número de leguas que en ambas medidas se encontrarían en un grado de latitud. Es importante destacar el hecho de que en este mismo pasaje, Font evita aclarar una importante discrepancia entre Tosca y Florez en cuanto a la extensión de la legua española; a pesar de que textualmente cita al segundo para indicar que Florez establece que la legua española consiste en 4 000 pasos geométricos, no indica, en cambio, que Tosca calculó (precisamente en la misma proposición XXIII

28. Las dos correcciones que necesitaba aplicar Font se debían, por una parte, a que las tablas de Jorge Juan se basaban en el meridiano de Cádiz, y en segundo término a que las tablas eran para los años de 1756 a 1759.

29. Montané Martí, *Fray Pedro Font…*, p. 48.

mencionada líneas arriba) que dicha medida de longitud estaba conformada por 4 571 pasos geométricos, aun cuando ambos autores consideraran que un grado de latitud incluía 17.5 leguas españolas.[30] Este silencio es revelador en tanto que permite advertir un primer punto de convergencia –más allá de la mera referencia bibliográfica– entre Font y Florez habida cuenta de la decisión del franciscano en el sentido de regirse por la legua mexicana (3 000 pasos o 5 000 varas) en sus anotaciones. Si bien el *Diario íntimo* de Font era un texto pensado para la lectura dentro del Colegio de Querétaro y estaba intelectualmente asociado con los informes que el virrey le solicitaba con respecto de la geografía del norte de la Nueva España, ello no habría implicado forzosamente que se tuviera que recurrir a la "legua mexicana" como referencia en las distancias por el sólo hecho de caminar en el norte del virreinato. Hay, en realidad, otra explicación que opera en la lógica de la cultura científica de la que era depositario Font y que explica puntualmente Florez:

> Cada legua española incluye cuatro mil pasos geométricos [o cuatro millas], como tienen prevenido varios autores […], [e] incluye seis mil seiscientas y sesenta y seis varas y dos tercias, que son veinte mil pies […], *sólo en cosas modernas de cómputos de Corte y Consejo has de dar tres millas a la legua Española*, como previene Morales: en lo antiguo cuatro.[31]

Este es precisamente el pasaje de Florez al que remite Font en su diario, pero lo que quisiera destacar no es el hecho de la conversión de leguas a varas, pasos y millas, sino la indicación de Florez en el sentido de que los informes oficiales se expresan con las equivalencias usadas en el diario de Font. ¿Quién era este autor que se había ganado un lugar en el equipaje de Font en su viaje hacia California y cuál la dimensión de su influencia en el franciscano?

El influjo del padre Florez

El religioso agustino Fray Henrique Florez de Setién y Huidobro (1702-1773) había estudiado en la Universidad

30. "Supuesto, pues, que cada grado consta de 80 mil pasos geométricos, si se parten estos por las […] 17 y media [leguas] españolas […] se hallará ser una […] legua española [de] 4,571 pasos, o 22857 pies geométricos […], en un grado entran 21 leguas vulgares españolas [leguas por tierra] […] y 17 y media verdaderas [o leguas por aire]". Tosca, *op. cit.*, t. viii, tratado xxiv, libro i, capítulo iv, proposición xxiii.

31. Florez, *op. cit.*, capítulo iii, parte iii, núm. 125. Cursivas propias.

de Alcalá donde se graduó en teología en 1729. Ahí permaneció por lo menos hasta 1750, y después de ese año se dedicó a recorrer la Península Ibérica auspiciado por los monarcas Fernando VI y Carlos III para escribir una historia general sobre la geografía española basada en la mayor cantidad de documentos y vestigios que le fuera posible estudiar. El resultado de sus años en Alcalá y su posterior vida itinerante sería la *España Sagrada*, obra compuesta por 29 volúmenes, dos de los cuales aparecieron de manera póstuma.[32]

Para los fines de este trabajo interesa detenernos en el tomo I de esta magna obra, en el cual el autor incluyó su *Clave geográfica. Discurso práctico previo sobre la utilidad de la geografía*. Según el propio autor, escribía este texto como preámbulo a su historia eclesiástica porque estaba convencido que sólo así evitaría los errores de aquellos que "se han querido meter a historiadores sin imponerse primero en la Geografía".[33] Para Florez, era imposible comprender la historia de un lugar o una época sin estar atento a la geografía; de lo contrario, insistía, lo que se formaría un lector o un testigo sería solamente "una idea superficial, escasa, y muy grosera". En consonancia, la *Clave geográfica* contiene referencias a autores de la antigüedad clásica (Plinio, Ptolomeo), así como a las fuentes bíblicas (en especial los Salmos) y patrísticas (citando las *Etimologías* y los *Orígenes* de San Isidoro) que destacan la necesidad de una mirada alerta por parte de quien observa y recorre distintos territorios. Así, recomendaba Florez a sus lectores reproducir un modelo clásico de observación para

> notar el antiguo y moderno nombre de la región, de la ciudad, del pueblo, si es cosa averiguable: sus fundadores, ampliadores o restauradores: los ríos que la bañan, sus costas, puertos, montes, frondosidad, temperamento, pastos. Qué modo de gobierno en lo antiguo y presente: qué curia, qué magistrados, qué escuelas para instrucción de jóvenes: qué bibliotecas, qué varones ilustres: qué fábricas, qué templos, qué palacios, qué muros, o castillos: qué monumentos tiene de antigüedad, qué estatuas, qué pinturas, qué fuentes;

32. Jesús Salas Álvarez. "La antigüedad clásica en la España Sagrada del Padre Henrique Flórez de Setién y Huidobro". *Gerión*. Madrid, Universidad Complutense, vol. 27, núm. 2, 2009, pp. 57-78; Francisco Javier Campos y Fernández, OSA. "El P. Enrique Florez y la *España Sagrada*". Florez, *op. cit.*; Rafael Lazcano (ed.). *Clave geográfica*… 4ª. ed. Madrid: Editorial Revista Agustiniana, 2000, pp. XV-XVI.

33. Florez, *op. cit.*, discurso previo.

> y en fin, por lo político, qué costumbres, qué trajes, qué comercio, qué artesanos, &c., pues todo esto lo notan los más esmerados escritores.[34]

34. *Ibid*., pp. 8-9.

Curiosamente, su énfasis en este método de observación e inquisición no tomó como modelo a Herodoto, sino a Estrabón y Plinio. De Estrabón, en particular, decía haber destacado por recorrer buena parte del imperio de Tiberio describiendo cuanto notaba e informándose de lo que no alcanzaba a visitar.[35]

35. *Ibid*., p. 10.

Esto es precisamente lo que Font realizaba al momento de tomar sus notas de campo y redactar su diario, como hemos visto líneas arriba, para dar cumplimiento a su cometido oficial y a su interés personal. La anotación realizada en su diario los días 18 y 19 de noviembre de 1775 es un buen ejemplo de esta síntesis. Así, la descripción de un paraje al pie del cerro de San Pascual, en las inmediaciones del río Gila lleva los ojos del observador en todas las direcciones, hablando de suelo, agua, fauna, vegetación, clima y gente:

> […] el Cerro de San Pascual [es] una sierra muy áspera y peñascosa, medianamente alta, que viene de la Papaguería […]. El camino es muy arenoso, y de medanales en partes, y después de pasar el río es tierra muy salitrosa, tanto que cerca del paraje encontraron los soldados mucha sal grano, con la cual se proveyó algo la gente. El paraje es muy escaso de pasto, y solo hay algún carrizal ruin en el bajío que hace el río […], Esta nación Opa, o Cocomaricopa, que se extiende desde los gileños río abajo hasta cerca de este paraje, es tan corta, según se infiere […] que no llegan a tres mil almas, corto número respecto a lo dilatado del terreno que ocupan, pues en más de cincuenta leguas a todos cuatro vientos no hay otra nación, que es prueba de lo mísero de la tierra, pues por infructuoso y estéril se hace cuasi inhabitable […], de donde infiero, que con dos misiones queda toda esta gentilidad socorrida, una en Uparsoytac […], y otra en el Agua Caliente […], con que poniendo otras dos misiones en el Sutaquison y en Uturituc para los gileños, queda toda la gentilidad que ocupa este gran río administrada.[36]

36. Montané Martí, *Fray Pedro Font*…, pp. 89-90.

El proyecto franciscano de demarcación en la frontera norte novohispana tomaba forma de esta manera. Aparecía ya una propuesta de unidad territorial que en buena medida reproducía la fórmula establecida años atrás por el agustino Henrique Florez:

> La idea general de mi *España Sagrada* es un *Theatro Geographico* de la Iglesia de España […], para esto es indispensable el señalar los límites de todas las provincias, según el orden civil, a quien se atemperó el eclesiástico […] Esto no se puede declarar sin recurso a términos y locuciones topográficas, cosmográficas, hidrográficas, por continentes, costas, riveras, promontorios, cabos, grados de latitud, puntos cardinales, distancias de lugares, nombres de vientos *oeste, noroeste, &, con otras individualidades*.[37]

37. Florez, *op. cit.*, "Advertencias".

Se trataba pues, de fijar en la mente del observador un principio bastante simple: cada escenario geográfico, desde la esfera terrestre hasta los conjuntos particulares, por principio de cuentas, eran "un Theatro, en que el Autor Supremo quiso representar sus perfecciones, sensibilizadas de un modo maravilloso a nuestra vista".[38] Era menester, entonces, aprehender las particularidades de dicho *teatro*, lo que era privativo de cada conjunto geográfico, para entender la manera en que se habría de insertar en una obra más grande.

38. Florez, *op. cit.*, capítulo I, p. 18.

Aunque Font hizo algunos intentos por llevar esta propuesta de lectura de paisaje a una carta geográfica, el mapa que acompaña su diario se limitó a ser una referencia que no podía ser disociada de éste, pues destaca una especie de georreferencia de las jornadas que realizó durante la expedición. Así, para poder comprender dicho mapa es necesario tener a la mano el diario de Font y buscar en el texto la descripción que el franciscano ofrece de cada paraje indicado en el mapa por el número de jornada de que se trata.

A pesar de esta limitante, lo que importa resaltar en el texto de Font es la presencia de consideraciones específicas acerca de la percepción del paisaje que se refuerzan en su marco mental por medio de la *Clave geográfica* de Florez. Se trata, podríamos pensar, de

una vuelta al ejercicio de la descripción geográfica particular, a la manera de las obras de los exploradores tempranos en la Nueva España durante los siglos xvi y xvii; en esta ocasión, sin embargo, el toque distintivo estaría dado por la intención de descubrir dentro de ese teatro universal entidades compactas cuya demarcación y vías de interacción con otros conjuntos debieran quedar claramente establecidas.

En suma, para el último tercio del siglo xviii, los miembros de la orden franciscana que tomaron parte en las expediciones para encontrar el paso por tierra hacia California compartieron con otros miembros de la sociedad colonial un renovado interés por comprender el paisaje que les rodea. No obstante, si bien pudiera pensarse que dicha búsqueda recibía sus principales impulsos del movimiento ilustrado de la época, más bien es una nueva lectura de tradiciones antiguas y modelos clásicos de pensamiento lo que inspira las formas de reconocer y representar la realidad manifiesta ante los ojos del explorador de los últimos años del llamado Siglo de las Luces.

Mapa 1

Fuente: Mapa de la Provincia de Sonora, Ópatas, Pimas Altos y Pimas Bajos. Madrid, Servicio Histórico Militar.

Mapa 2

Fuente: Mapa de la Provincia de Sonora al Excmo. Señor Príncipe de la Paz (fragmento). Madrid, Servicio Histórico Militar.

Próximo número

ESTUDIOS JALISCIENSES 94

Introducción
Jaime Olveda

Jaime Olveda
De las Juntas de 1808 al Congreso de Chilpancingo

Varias de las demandas, reclamos y aspiraciones planteadas por los criollos autonomistas en 1808 volvieron a presentarse en el Congreso de Chilpancingo, asamblea convocada por José María Morelos para cubrir el vacío institucional que acompañaba a la insurgencia.
Palabras clave: Juntas, Congreso, Morelos, Independencia, Cultura política.

Ana Carolina Ibarra
La declaración de independencia de la América española en Chilpancingo

A partir de 1808 empezó a hablarse de independencia, término que no necesariamente aludía a un desprendimiento absoluto de la metrópoli española. Fue hasta el Congreso de Chilpancingo cuando los diputados firmaron el acta del 6 de noviembre de 1813 en la que declararon rota para siempre la dependencia de la América septentrional del trono español.
Palabras clave: Congreso de Chilpancingo, América española, Independencia, España.

Óscar Cruz Barney
El Congreso de Chilpancingo y el corso marítimo

El corso marítimo desempeñó un papel importante en la guerra de independencia en la Nueva España y otras partes de la América española. El 14 de julio de 1815 el gobierno insurgente expidió un decreto en Puruarán en el cual se autorizaba el corso tanto a novohispanos como a extranjeros en contra de España.
Palabras clave: Guerra, Corso, España, Insurgentes, Congreso de Chilpancingo, Morelos.

Carlos Sánchez Silva
José María Murguía y Galardi en el Congreso de Chilpancingo

Murguía y Galardi fue uno de los personajes claves de Oaxaca durante la etapa de Morelos, quien lo nombró intendente de esta provincia. Fue electo quinto vocal de la Junta Nacional y diputado del Congreso de Chilpancingo
Palabras clave: Oaxaca, gobierno, Congreso de Chipancingo, Morelos, insurgencia.